

Reinventar el Desarrollo

SUSANA VALDIVIESO CANAL
PROF. ASISTENTE ESCUELA DE ECONOMIA Y ADMINISTRACION
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

RESUMEN

En el artículo se analiza el origen y el contenido del concepto de "Desarrollo" que ha servido como referente a las propuestas de organización social surgidos en América Latina con el objeto de destacar sus limitaciones y proponer una nueva lectura de nuestra historia que nos permita construir una respuesta propia frente a la llamada crisis del proyecto de la Modernidad.

SUMMARY

In this article the origin and contents of the concept of "Development" which has served as a yardstick for the organization proposals in Latin America is analyzed. These proposals have been presented in order to highlight its limitations and to suggest a new reading of our history. This will permit us to construct our own answer so that we can face the so called crisis of the Modernity Project.

“Debemos todos cooperar en un nuevo concepto de modernidad que no excluya a nada ni a nadie y que pueda ser compartido por tantos como sea posible, sin violentar la tradición cultural de cada quien”

Carlos Fuentes

INTRODUCCIÓN

Tanto como concepto cuanto como meta óptima de las sociedades, el **Desarrollo** tiene una larga e intrincada historia, cuyos orígenes se entrecruzan con el proyecto racionalista de progreso vinculado a la confianza en las posibilidades ilimitadas de la ciencia y la tecnología para el control de la naturaleza, el culto a la razón y un ideal de libertad definido dentro del entramado de un humanismo abstracto que promocionó y ha mantenido vivos los valores claves de la civilización occidental.

La visión lineal de la historia como un ascenso continuado de la barbarie a la civilización - lo mismo que la propia definición de ésta última - que heredamos hace dos siglos del optimismo burgués, fue reciclada por la ciencia económica para producir las teorías del desarrollo que postulaban el crecimiento de la producción y el consumo y la meta de una abundancia material sin límite, como el proyecto histórico ineludible de la humanidad.

Propuesto y practicado desde el centro, el paradigma del desarrollo se otorgó el privilegio de la universalidad y se constituyó en el referente que permitió clasificar a las regiones del mundo. Vaciado completamente de su contenido liberador y reducido por arte de los economistas en un conjunto de indicadores “medibles” o “parametizables”, la visión de un futuro común dividió a las naciones entre aquellas capaces de mantener un crecimiento autosostenido -las desarrolladas- y aquellas que por presentar rasgos como capacidad ociosa en los recursos naturales y de mano de obra o ausencia de capital, debían propiciar el despegue rostowniano para superar el subdesarrollo y convertirse en “países en vías de desarrollo”. De esa manera, como lo plantea Arturo Escobar, el concepto de desarrollo se convirtió en la invención del primer mundo que le sirvió de estrategia para el control de la realidad física y social del tercero e, igualmente, en el mecanismo mediante el cual, América Latina y otras zonas del mundo, han sido producidas y se han producido a sí mismas, marginando otras formas posibles de percibir y de hacer.

Sobre la base del reconocimiento de la importancia de la

discusión actual alrededor del futuro deseable y posible de los países de América Latina, el propósito de este artículo es revisar el concepto de desarrollo que ha servido como referente a las propuestas de organización societal surgidas e implementadas en nuestro continente, destacando sus profundas limitaciones, para concluir en la necesidad de promover una nueva lectura de nuestra propia historia, que nos permita construir una respuesta diferente frente a la llamada crisis de la modernidad.

Los sinónimos del Desarrollo

Tal como lo plantea Castoriadis¹, “desarrollo”, “economía” y “racionalidad” no son más que algunos de los términos en los que se condensa el complejo de ideas y concepciones que han dominado y formado la vida, la acción y el pensamiento de occidente desde hace siglos, como también los mecanismos que le han permitido dominar el mundo. El concepto de desarrollo se define, así, en estrecha relación con los procesos de acumulación capitalista e innovación tecnológica que siguieron a la primera revolución industrial y que desembocaron en la creación de medios técnicos para la generación de bienes materiales

La “racionalidad” de los agentes económicos que optimizan satisfacción y beneficios es solo uno de los moldes o estructuras implícitas que ordenan y someten la energía humana para ser canalizada y puesta al servicio de la productividad. La historia de la civilización occidental no es otra cosa, entonces, que la crónica del avance de la técnica y de la subordinación de todas las formas de actividad creadora a la racionalidad instrumental, en un proceso de reduccionismo económico que no permite incorporar a la noción de progreso variables de orden cultural, social o político y que Habermas ha catalogado como la frustración del proyecto de la modernidad.

Planteada como modelo ideal de sociedad, la capitalista industrializada se convirtió en el punto final de un camino inexorable y único, que hoy se pregona como el fin de la historia. Las características históricas y culturales, así como los rasgos de personalidad de los lugares en los cuales se desarrolló más plenamente el capitalismo, son teorizados como condiciones predominantes de las sociedades desarrolladas. Sobre la base de estas premisas, es inevitable que lo propio, lo diferente, sea, por definición, concebido como negativo, como obstáculo a superar.

¹ Cornelius Castoriadis Reflexiones sobre el “desarrollo” y la “racionalidad”, en Fernando Viviescas, otro, Colombia el despertar de la Modernidad, Carvajal, Sta Fe de Bogotá, 1991.

El reto de la modernización es lograr, entonces, que países de historia y cultura diversas dejen de ser diferentes. Todo aquello que les es particular, específico, distinto, debe ser negado como impedimento, ya se trate de la cosmología, de la concepción y utilización del tiempo y el espacio, de la ética del trabajo o de particulares relaciones entre el individuo y la comunidad. La idea de que la modernidad se relacionaba con un estilo de vida determinado por la generalización de una economía de mercado y la producción a escala de productos básicos, relegó la tradición y las manifestaciones culturales de algunas regiones del mundo, a simple elementos pre-modernos que se interponían en el camino del desarrollo.

De esa forma, el **desarrollo** se convirtió en un imaginario social a partir del cual se diagnostica el presente, en términos de carencias o potencialidades que lo acercan o alejan de la situación ideal y se define el futuro deseable a partir de la materialización de sus indicadores determinantes. La referencia permanente a los principios del conocimiento científico sobre los cuales descansa la propuesta industrializadora, hace que el desarrollo se presente simbólicamente como un modelo científico, guiado por el principio de racionalidad funcional y sustentado en criterios de productividad, eficiencia y competitividad.

Como la Economía presume de ser, entre las ciencias sociales, la que más se acerca al ideal clásico de una disciplina exenta de valores y ha visto reforzada su pretensión en apreciaciones como la de Popper, quien considera que es la única, entre las ciencias "blandas", que puede mostrar en su haber una "revolución newtoniana"², ese imaginario social ha terminado por reducirse, por obra y gracia de los economistas, en un sinónimo de crecimiento, cuyos determinantes pueden expresarse en forma aséptica en un modelo econométrico. El amargo despertar del sueño "desarrollista", con su evidencia de limitantes y frustraciones, solo ha servido para que al tradicional concepto económico de desarrollo, empiecen a agregársele, de manera completamente artificial, "indicadores" de orden social o político.

América Latina y el Desarrollo: los obstáculos estructurales

"Adquiriendo corporeidad en una multiplicidad de prácticas, instituciones y estructuras, el **desarrollo** ha tenido un efecto profundo en el Tercer Mundo: relaciones

sociales, formas de pensar, visiones del futuro, están todas indeleblemente marcadas y conformadas por este operador ubicuo"³. En esta cita de Arturo Escobar se puede destacar el carácter omnipresente de este paradigma de autodefinition que silenciosamente ha pensado a las naciones de América Latina, definiéndolas como **subdesarrolladas** o planteándoles caminos de salvación como países en **vías de desarrollo**.

Con una herencia colonial materializada en una economía de hacienda y un régimen de poder político patrimonialista, las sociedades latinoamericanas iniciaron su vida republicana en un escenario en el que coexistían múltiples expresiones que oscilaban entre la tradición y el desarrollo. La vinculación al mercado mundial a través de las exportaciones primarias durante el siglo XIX y la redefinición de la estructura productiva cerrada, empezaron a romper muy lentamente los condicionamientos internos a la expansión del capital, con los inicios de construcción de una infraestructura física adecuada al comercio exterior, el fortalecimiento fiscal del Estado y el surgimiento de actividades complementarias que incidían en la conformación de una malla urbana importante. Este proyecto de inserción en la economía mundial, concebido por nuestra clase dirigente como la única alternativa de futuro para nuestros países, se limitaba a reconocer como válida la división internacional del trabajo que dividía al mundo entre regiones productoras de máquinas y bienes y regiones proveedoras de materias primas.

La aceptación tácita de un horizonte único para nuestros países, puede observarse también en el pensamiento estructuralista y cepalino, que aún a pesar de ser postulado desde nuestros propios patios, piensa el futuro a imagen y semejanza de otros contextos de referencia. Por eso la CEPAL encuentra lamentable esa «heterogeneidad estructural» que nos diferencia profundamente de la homogeneidad capitalista y diseña las políticas con el objetivo claro de tratar de superarla. La realidad del continente no es analizada como un proceso histórico y cultural que tenga sentido en sí mismo, como conjunto de significados a partir de los cuales sea posible descubrir virtualidades y riquezas respecto a la sociedad deseable. La única historia de este subcontinente es la de su paso de la condición tradicional a la "moderna". Con estos lentes ajenos, esta visión termina en la autonegación, de tal manera que los proyectos de futuro que se traducen en políticas económicas y sociales, se empiezan a fundar mas

³ Arturo Escobar, *Imaginando un futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales*, en *Modernidad y Universalismo*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1991.

² Karl Popper, *La Miseria del Historicismo*, Alianza Taurus, Madrid, 1981

en un abstracto "deber ser", con referencia a experiencias externas, que en la construcción de lo "posible", a partir de lo realmente existente.

Existe una muy abundante literatura que analiza críticamente los efectos nocivos de esta estrategia sesgada excesivamente hacia la industrialización sustitutiva y el mercado interno, pero aquí nos interesa destacar cómo los elementos de la modernización se insertaron en una estructura económica y social fundada sobre privilegios heredados de la sociedad colonial con sus tendencias concentradoras y sobre un Estado signado por su carácter patrimonial y burocrático que se demostró incapaz de asumir el papel de generador de demanda que le asignaba la teoría, para convertirse en el facilitador de procesos de monopolización y exclusión. Con la imposición de un poder excluyente, ese Estado limitó las posibilidades de organización de la sociedad civil y, con ello, de apertura de mecanismos sólidos que le permitieran ser copartícipe de los llamados proyectos nacionales.

Sin intentar mediar en el debate entre aquellos que definen el proceso como una modernización económica sin modernidad social, como es el caso de Anibal Quijano y Norbert Lechner quienes así lo postulan para el conjunto de América Latina o de Consuelo Corredor y Daniel Pecaut, para el caso colombiano, y entre quienes consideran simplemente que se trata de los rasgos típicos de la modernidad en las sociedades periféricas,⁴ lo cierto es que este estilo de desarrollo generó en la mayoría de los países del área el tránsito de economías agrarias a industrializadas y de servicios y alteró profundamente las estructuras productivas y ocupacionales, provocando una recomposición del tejido social que, si bien empezó a mostrar algunos rasgos que nos asemejaban a la "sociedad ideal", de otro lado incubó fenómenos de marginalidad y segregación que contribuyeron a agravar el histórico problema de la inequitativa distribución del ingreso.

Pero, sobretodo, como hemos anotado, impidió la creación de espacios de participación social, convirtiéndose así en una imposición de las élites económicas y políticas, a través, en algunos casos, de dictaduras sangrientas y, en otros, -como en nuestro país-, de pseudodemocracias que, igual, propiciaron la instalación de la violencia en los mas pequeños resquicios de nuestra vida cotidiana.

⁴ Anibal Quijano "Modernidad, identidad y utopía en América Latina", en F. Calderón *Imágenes desconocidas*, Editorial Clacso, Buenos Aires, 1988. Consuelo Corredor *Los límites de la Modernización*, Cinep-U. Nal, Sta Fe de Bta, 1992. Daniel Pecaut, "Modernidad, Modernización y cultura", *Gaceta* No 8, Colcultura, Ag-Sp 1990. Fabio Giraldo, otro, "La metamorfosis de la Modernidad" en Colombia el despertar de la Modernidad, op. cit.

La Aldea Global

Cuando en el marco de un complejo escenario internacional signado por la inevitable planetarización del capitalismo en manos de los grandes conglomerados transnacionales, por las alteraciones en el esquema geopolítico del universo, resultado no solo de la caída del muro de Berlín, sino de la aparición de nuevos protagonistas económicos que, sobre la base de nuevas pautas de desarrollo tecnológico, arrasan con los "lugares comunes" de la teoría de la producción⁵, entra en crisis el esquema de regulación de los procesos de acumulación que se sustentaba en el Estado-benefactor, la ortodoxia económica se da el lujo de regresar - maquillada y remozada - para plantear alteraciones en la estrategia, pero apuntalar, igualmente, el paradigma tradicional del desarrollo.

Planteado como un corolario del fin de las ideologías y el entierro definitivo de cualquier forma de utopía, el desarrollo ya no es preciso buscarlo en el futuro porque ya está aquí, es el punto final de la historia y se materializa en la construcción mas notable del pensamiento económico neoclásico: el mercado con su lógica de expansión y dominio y en la criatura más querida de la filosofía política moderna: la democracia liberal. El Estado mínimo de Nosick, libertad de concurrencia de Hayek y la lucha entre empresas o capital humano, son las tesis centrales a partir de las cuales se modifican las propuestas de desarrollo. Desde la década del setenta, la estrategia de desarrollo, recomendada por organismos internacionales para América Latina, cambió de rumbo y se orientó, primero, hacia programas radicales de ajuste que apuntaban al control de la inflación y el déficit fiscal y, posteriormente a la liberación de los mercados en la búsqueda de una eficiencia productiva que nos equiparara a los demás competidores del mercado mundial.

Como resultado de este cambio en el modelo, los contornos periféricos se empiezan a modelar como ondas expansivas en torno a las tendencias de regionalización del comercio internacional desde los tres ejes que se reparten el mundo: Europa, América del Norte y Asia. El discurso de liberación de las fuerzas del mercado, elaborado en el centro, empieza a convertirse en dogma en nuestras tierras, en tanto que los países que le sirvieron de cuna, paradójicamente manejan un nuevo proteccionismo, en ocasiones procesado y sutil y, algunas veces, como una réplica burda de procedimientos mercantilistas.

⁵ Susana Valdivieso "La Re-estructuración del Capitalismo Internacional", en *Revista UIS-Humanidades*, Vol 20 No 2, Jul-Dic 1991.

Esta nueva versión del desarrollo, que propugna por la homogeneización de la sociedad humana, está atravesada por una visión del hombre dueño de sí y de sus bienes, que es, a la vez, un sujeto de preferencias económicas y una forma de capital. La concepción de necesidades humanas objetivas que estuvo en la base del pensamiento clásico y marxista se reemplaza por la de preferencias subjetivas que se expresan en demanda solvente. De esta forma, se transforma la definición de Economía, que deja de ser la ciencia que busca satisfacer las necesidades humanas para convertirse en la disciplina que enseña a minimizar costos y optimizar beneficios.

El desarrollo de final de siglo, que le asigna al mercado el carácter de eficiente redistribuidor de bienes y factores, ha empezado también a mostrar sus fisuras⁶: desindustrialización, mayor concentración del poder económico, aumento del desempleo y predominio de la informalidad. El antiestatismo de la prédica liberal tampoco se ha manifestado en la disminución de la burocracia o en el aumento de la eficiencia estatal, sino que ha propiciado una fiebre indiscriminada de privatizaciones que, finalmente, han reforzado el poder de los grupos tradicionales. El enorme costo social de la estrategia liberadora ha hecho que, desde diferentes perspectivas, se empiece a proclamar la necesidad de disminuir la radicalidad de los presupuestos liberadores para darle un "rostro mas humano" a los procesos de ajuste.

En esa tarea de humanizar el desarrollo, la política social se postula como la herramienta fundamental. "Es necesario, - plantea el Banco Mundial en su informe sobre el desarrollo mundial de 1992 - que el Estado intervenga para proveer redes de seguridad adecuadas a los mas pobres, a los menos capaces de resistir el costo social de las reformas económicas necesarias". Igualmente, la perspectiva neoestructuralista se materializa en la propuesta "Transformación Productiva con Equidad", presentada por la CEPAL en 1990, en donde se consigna la necesidad impostergable de "corregir la asimetría de la inserción internacional de la región, de mantener los equilibrios macroeconómicos de corto plazo, pero, sobretodo, de reencontrar el camino para acceder al desarrollo"⁷. La Cepal considera que para ello es preciso una acumulación de exigencias, entre las cuales destaca el fortalecimiento de la democracia, la incorporación de nuestras economías al cambio tecnológico mundial

intensificado y el mejoramiento en las pautas de distribución del ingreso.

Importa destacar, como lo ha hecho el economista Jacques Valier⁸, que los fundamentos doctrinales del discurso sobre las desigualdades sociales y la pobreza en los países subdesarrollados que atraviesa el análisis tanto del Banco Mundial como de la Cepal, se constituyen en una muestra ecléctica del liberalismo radical de Hayek y el liberalismo social de Rawls y que, por lo tanto, se sustenta también en un modo de pensamiento que le sigue confirmando al mercado el papel determinante en la formación, organización y evolución de las relaciones sociales.

Lo anterior significa que el énfasis en la política social que caracteriza la orientación del modelo, reproduce la imagen de un futuro para nuestras sociedades, en el cual se habrían derribado las barreras a la modernización capitalista, para lograr una situación de bienestar asociada básicamente a la obtención ilimitada de bienes y servicios.

El lado oscuro del Desarrollo

Habíamos dejado de lado la referencia al potencial destructor sobre los ciclos vitales bio-ecológicos del sistema industrial propuesto por el paradigma tradicional del desarrollo, que se ha revelado, además de socialmente inequitativo, ambientalmente predatorio y perverso. El modelo civilizatorio de occidente significó una ruptura profunda de la cosmovisión que en diferentes formas existió como una fuerza dinámica en muchas culturas milenarias. En ese sentido, los signos de vulnerabilidad de los ecosistemas del planeta han impuesto una reconsideración sobre lo legítimo de una relación hombre-naturaleza, en la que esta última es reducida a un conjunto de recursos escasos "transformables" en bienes.

La agudización de los problemas ambientales como resultado del entrecruzamiento de la lógica de acumulación de una parte del mundo, con la lógica de supervivencia del resto, conlleva a la idea de que estamos todos, el norte y el sur, oriente y occidente, ricos y pobres, en el mismo barco. Así, parecería como si las propuestas de ecodesarrollo o desarrollo sostenible tienen todas un carácter neutro y apuntan solo a la restauración del equilibrio alterado por el desarrollo occidental. Pero, aún a pesar de que difícilmente se encuentra hoy un problema de dimensiones mas universales, también en este caso,

⁶ Marco Raul Mejía, "Reconstruyendo la transformación social" en Politeia, No 15, Fac. Derecho U. Nal, 1994.

⁷ CEPAL, Transformación Productiva con Equidad, Santiago de Chile, 1990.

⁸ Jacques Valier "Liberalismo económico, desigualdades sociales y pobreza en los países subdesarrollados", Cuadernos de Economía No 21, U. Nal, Sta Fe de Bogotá, 1994.

tiene importancia el lugar y la perspectiva desde los cuales se mire el mundo.

Porque lo que hay aquí, como plantea Arturo Escobar, es también un "diálogo de discursos". Sobre el supuesto de una cultura económica "dada", el discurso liberal del desarrollo sostenible deriva en una propuesta de privatización de los recursos naturales que permita maximizar el futuro, a diferencia de la visión culturalista que enfatiza en la imposibilidad de racionalizar la defensa de la naturaleza en términos económicos, o de las propuestas más radicales que plantean la necesidad de alterar la lógica de la acumulación de capital si se quiere lograr una amigable relación del hombre con su entorno. Lo que me interesa destacar es que la solución a la problemática ambiental - llámese recalentamiento del planeta, lluvia ácida, desertificación o agotamiento de la biodiversidad - no consiste solamente en la aplicación científica de la ecología, que podría impedir algunos solo males menores, sino en una revisión profunda de toda la escala de valores que nos ha conducido a la encrucijada actual.

"Otro" Desarrollo

Frente a la visión que considera que el trayecto cubierto por los países del centro representa el curso que tiene que ser recorrido inexorablemente por las demás sociedades del planeta, el pensamiento crítico de América Latina ha iniciado una discusión alrededor de nuevos puntos de partida que le permitan transformar su práctica cognoscitiva y su práctica social. Esa revisión se ha iniciado con una necesaria re-lectura de su propia historia, con el objetivo de contraponer al "sentido común" del universalismo tecnocrático y neoliberal un nuevo imaginario de **desarrollo** que rechace la imposición autoritaria de un solo modelo de vida que niega, a nombre del realismo y la superación de las ideologías, toda posibilidad alternativa.

Este debate supone, de un lado, un examen sobre el protagonismo que nos corresponde en la forja de nuestro propio futuro y lleva, además, al cuestionamiento del propio concepto de desarrollo y de las condiciones que lo harán posible. Siguiendo a teóricos del desarrollo alternativo como Sachs y Dumont, se pretende reforzar la idea de que el desarrollo es un proceso histórico en el cual la creación, la reproducción y la acumulación de bienes

no es solamente económica sino también social, política y cultural y que debe incorporar no solo la capacidad de generar procesos endógenos de autodeterminación sino también la posibilidad de regular y conservar los recursos culturales y ambientales.

Para desarrollar una visión alternativa de América Latina, sobre la cual se pueda edificar un futuro a partir de nuestra propia experiencia histórica, es preciso mirar las raíces de cada país y olvidarnos de "recetas" salvadoras aplicables en todos los casos. La mirada planetaria debe ser un referente obligado en la comprensión del mundo pero tiene que abordarse desde las particularidades propias de cada país. Es necesario despojarnos de todas las certezas adquiridas y asumir que las profundas transformaciones vividas por el mundo en este final de siglo, como resultado de la reorganización del capitalismo central y periférico, han traído aparejadas no solo la fragmentación de los procesos sociales, el cambio de lógica de lo local y lo regional, sino también la redefinición de los movimientos sociales y políticos y la revalorización de lo privado y lo cotidiano. Es a partir de esa perspectiva renovada que resulta imperativa la crítica al sistema económico, social y político prevaeciente y la iniciación de la tarea de inventar nuevamente el **desarrollo**, de darle nuevos sentidos a la **democracia**, de propuganar por una subjetividad renovada, de rescatar el sentido de lo colectivo, de construir espacios de poder alternativos...

En este mundo del fin de la historia, del agotamiento de las alternativas, de la pretendida superación de la política como espacio referido a la escogencia de opciones en relación con el futuro de la sociedad, quedan bien definidos el rol y los retos de las Ciencias Sociales en América Latina. La búsqueda de otra mirada acerca de lo deseable y lo posible para nuestro futuro, que tenga como punto de partida la reconstitución del proyecto histórico de nuestras sociedades, debe comprometer el esfuerzo de todas las disciplinas del hombre. En un esfuerzo de profunda humildad, la Economía debe renunciar a la pretensión de supremacía del cálculo económico, para abrirse a las posibilidades de una interpretación verdaderamente transdisciplinaria, que muestre caminos alternativos a partir de los cuales sea posible llegar a consensos de orden teórico y metodológico.

El desafío consiste hoy en encontrar la forma de transformar las sociedades latinoamericanas de manera que sea posible superar la disyuntiva entre progreso material, equidad, participación ciudadana, realización individual, medio ambiente adecuado. No se puede ocultar el hecho de que es este un desafío netamente político y que

* Arturo Escobar, "El Desarrollo Sostenible: diálogo de Discursos" en Jorge A. Berna (Coord) Integración y Equidad, Corporación S.O.S Colombia, Sta Fe de Bogotá, 1994.

solo podrá asumirse en todas sus dimensiones en el contexto de un régimen societal caracterizado por unas instituciones representativas vigorosas y por actores sociales con un alto margen de autonomía, de conciencia y de acción, características con las que Alan Touraine define la democracia.

Pero aquí no se puede caer tampoco en la tentación de considerar la democracia - independientemente de las condiciones socio-económicas sobre las cuales se edifica - como un modelo único, universal, que es preciso alcanzar independientemente de las diferencias históricas, económicas, culturales o políticas de los países. Frente a esta desviación, es válida la posición de los que creen que, en lugar de intentar el simple desarrollo y

perfeccionamiento del paradigma anterior de democracia, es más urgente hallar nuevos conceptos, fines, actores y requisitos para la obtención de una nueva democracia¹⁰.

La propuesta de reformular el imaginario sobre el desarrollo, de redefinir la democracia, de "re-inventar la transformación social"¹¹, en fin, de reconstruir el hombre y la sociedad latinoamericanos se ha iniciado ya, y debe evolucionar con celeridad a la formulación de opciones viables y sostenibles que no tengan la pretensión de convertirse en paradigmas, sino la virtud de generar corrientes de opinión y construir escenarios de participación que hagan posible la alteración definitiva de los presupuestos, las lógicas, las racionalidades y las certezas de los modelos universalistas para abrir el camino de un desarrollo diferente: el nuestro.

¹⁰ En Colombia, al igual que en la mayoría de los países del continente, es candente el debate alrededor de los alcances del concepto de democracia, de la democracia realmente existente, de sus potencialidades para resolver los problemas de desigualdad social, etc. Ver Alejo Vargas, otros, *Democracia Formal y Real*, Inst. para la Democracia L.C.G., Sta Fe de Bogotá, 1994.

¹¹ Marco Raul Mejía, *op. cit.*